

MIS ABUELOS, MI FAMILIA.

Reposaba sobre la tímida y fresca hierba, mi espalda sobre la rugosa, y rígida corteza del bello sauce que se erguía tras de mí, observando las preciosas vistas que se divisaban a lo alto del valle. Un enorme frescor se podía respirar desde allí arriba, que me causaba cierta placidez y sosiego. Mis abuelos yacían junto a mí, Tomás y Francisca. Dos personas, quizás, de las más importantes en mi vida. Tomás, mi abuelo, una persona vivaracha, feliz, alegre, una persona que a pesar de las dificultades siempre tiene una sonrisa; Francisca, mi abuela, ella siempre trabajadora, vividora de una historia jamás contada, increíble por su gallardía, pero perpetuamente una sencilla persona. Pensé ¿qué pasaría si ellos no estuvieran? ¿Sino les diésemos importancia? ¿Se perdería la cultura, la ilusión, la forma de vivir, de sonreír? Sentí que ellos son los productores de este mundo, lo que observamos, lo que vivimos. Una lágrima se cayó de mi ojo, mientras admiraba el hermoso valle que se podía vislumbrar y con un acto repentino me sumergí en un intenso abrazo a mis abuelos, perdurando la quietud, la apacibilidad y la dulzura de aquella cariñosa y afectuosa caricia.